

moverse; su vida pendía de un cabello. La multitud envió á cuatro para que se apoderaran de Lescuyer y le obligaran á presentarse; le encontraron en la calle, cuando iba á refugiarse en la alcaldía, y fué llevado á presencia del pueblo.

Subió al púlpito, al principio sereno y animoso: «Hermanos míos, dijo valerosamente; he creído que la Revolución era necesaria; he hecho todo lo que he podido...» Iba á hacer profesión de fe.

Quizás su aspecto digno, su probidad que se reflejaba en su rostro y en sus palabras, hubieran tranquilizado los ánimos, pero le arrancaron del púlpito y desde aquel momento se vió perdido.

Arrojado á la turba vocinglera, fué arrastrado hacia el altar de la virgen, para que cayese como un buey pronto á ser sacrificado á los pies del ídolo. El grito de muerte de Avignon, el fatal ¡zou! ¡zou! resonaba en toda la iglesia anonadando al desgraciado.

Llegó vivo al coro, y allí logró desasirse; se sentó, pálido, sobre un sillón; alguien que quería salvarle le dió con que escribir. Suspende la destrucción de las campanas, que se abriera y se viese el Monte de Piedad, dando satisfacción al pueblo; tal era el sentido de lo que escribió, pero no pudo leerse; los que deseaban su muerte ahogaron su voz entre silbidos.

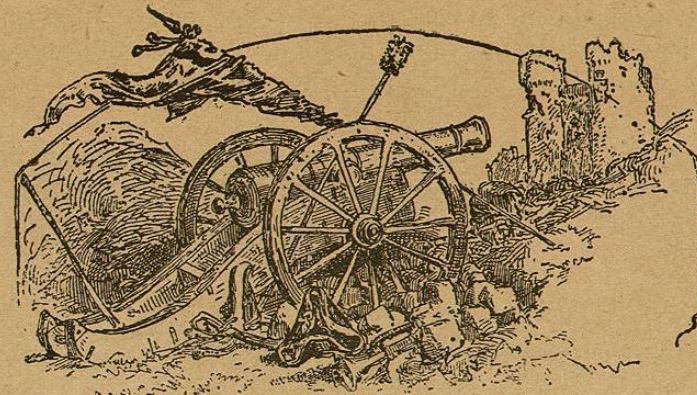
Un viajero, un extranjero, un caballero bretón, Mr. de Rosilly, se dice que al ir á Marsella entró en la iglesia con la turba, intentó con gran peligro salvar al desgraciado y colocándose ante él, gritó: «Señores, en nombre de la ley...» Más no se le escuchó... «En nombre del honor, de la humanidad...» Los sables se dirigían contra él, otros le apuntaban, otros tiraban de él para ahorcarlo.—Se le salvó diciendo que lo justo era matar primero á Lescuyer.

El pobre Lescuyer, objeto miserable del debate, no esperando ya nada y viendo á su abogado en tan grave peligro, se levanta de pronto del sillón, corre hacia el altar...

Un hombre compasivo le señalaba una puerta por donde podía escapar, pero en aquel momento un obrero tejedor le asesta un golpe tan fuerte que el bastón se rompió en dos pedazos, haciéndole caer sobre la grada del altar. El pregonero de la ciudad entraba en aquel momento y tocó á silencio para publicar un bando.

El formidable ¡zou! ¡zou! lanzado por millares de hombres ahogó la voz del pregonero. Aquella multitud enorme, amontonada en un punto, estaba como suspendida sobre un cuerpo yacente: los hombres le aplastaban el vientre á patadas, las mujeres, con sus tijeras, para que expiase sus blasfemias, cortaron con rabia atroz los labios que las habían pronunciado.

En aquella espantosa tortura, una voz débil salía aun de no sé qué ensangrentado, que ya no tenía forma humana: rogaba humildemente que se le diera la muerte. Estalló una horrible carcajada y no se le volvió á tocar para que saborease á su placer la muerte.



CAPITULO XXV

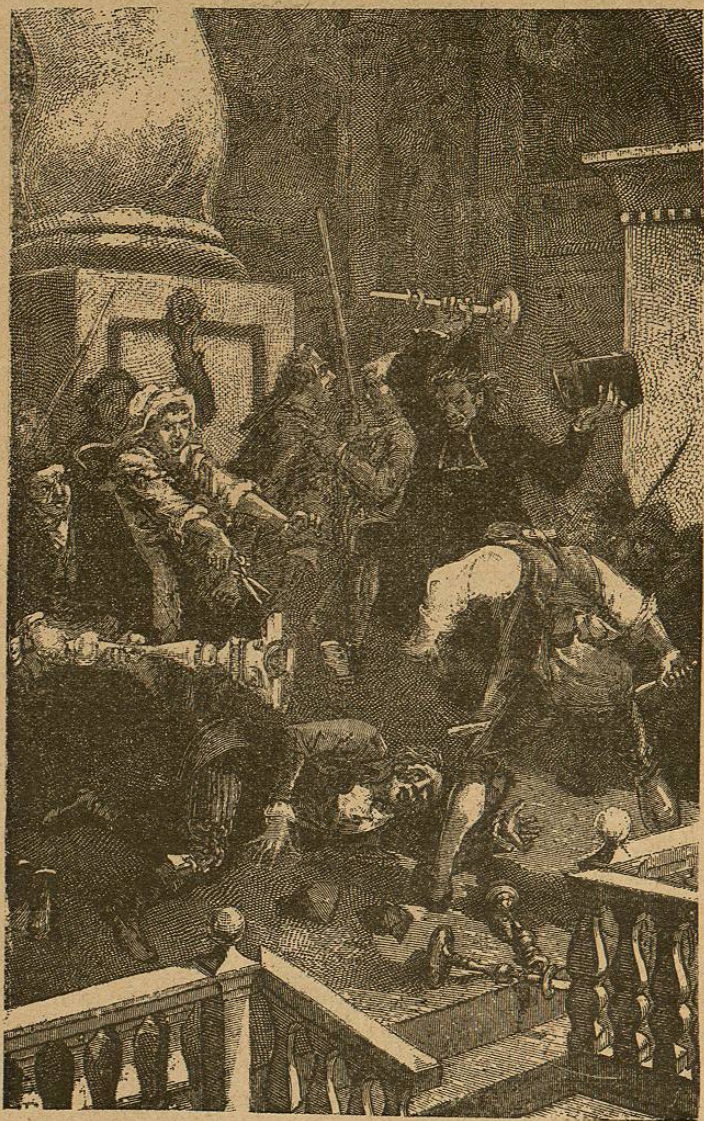
Continuación.—Vengaza de Lescuyer asesinado en la Glaciere
(16-17 Octubre del 91).

Duprat y Jourdan obtienen ventajas de nuevo.—Ensayo informe de juicio.—Se decide el asesinato.—La torre Trouillas ó de la Glaciere.—Lo que debió ser para la inquisición.—De qué clases y de qué opiniones eran las víctimas.—El asesinato.—Los asesinos quieren detenerse.—Se les obliga á continuar.—Entierro de Lescuyer (17 de Octubre).—Fin de la matanza.—Consecuencias fatales que tuvo para Francia.

Era la una de la tarde poco más ó menos, y desde hacía mucho tiempo, Duprat y Jourdan fueron advertidos; pero sus hombres estaban dispersos. Decidieron para reunirlos tocar en el castillo la famosa campana de plata, que sólo se tocaba en dos ocasiones solemnes: la consagración ó la muerte de un papa. Aquel extraño sonido misterioso, que muchos no habían oído más que una vez en su vida, hirió las imaginaciones, hirió los corazones con un frío súbito. Quizás esto fué lo que apresuró la salida de las gentes que habían venido del campo, y temieron que iba á ocurrir algún suceso terrible en la ciudad.

El efecto fué menor, á lo que parece, sobre los soldados de Jourdan: tan bravos para reclamar sus soldadas, se manifestaron ahora muy tardos; no se les podía encontrar por ninguna parte. Jourdan, con gran trabajo, logró reunir trescientos cincuenta, con los cuales volvió á tomar las puertas de la ciudad. Hecho esto, no le quedaron más que ciento cincuenta hombres, para atacar á los Franciscanos, llevaba dos cañones bastante inútiles; en las calles sinuosas y estrechas, pero que no dejaban de producir su efecto, por el formidable estampido que hacía estremecer el pavimento. Merced al retraso la multitud había disminuído, sólo quedaban papanatas y mujeres. Hizo fuego sobre el montón y mató é hirió lo que halló por delante. En la iglesia no encontró más que á la virgen y á Lescuyer, el desgraciado, que al cabo de tanto tiempo todavía

agonizaba, nadando en su sangre y sin poder morir. Lleváronselo con gritos de furor, exhibiendo aquel horrible cuerpo y sus vestidos ensangrentados. Todos huían cerrando puertas y ventanas.



Haciéndole caer sobre la grada del altar (Pág. 742)

Aprovechando el terror producido, la minoría se impuso á la mayoría. Aquellos pocos centenares de hombres, dueños de treinta mil almas, hicieron durante todo el día en Avignon una *razzia* bárbara. Todos los

detenidos protestaban que no habían entrado en los Franciscanos. Pero una docena de los hombres de Jourdan que habían estado en la iglesia podían servir para reconocerles. Muchos fueron detenidos por sus enemigos personales, muchos por sus amigos: tal era el fanatismo atroz de uno y otro bando.

El día dura poco en Octubre, y era ya bien de noche. Algunos amigos de los prisioneros que habían conseguido franquear las puertas corrieron á Sorgues á advertir á Mulot y al general Ferrier. Este recibía al mismo tiempo á los enviados de Duprat, quien le advertía que el menor movimiento de su parte bastaría para levantar á la aristocracia y destruir la única fuerza del partido francés, el Terror; Avignon se acordaría de que tenía treinta mil hombres y aplastaría á Jourdan. Por más esfuerzos que hizo el abate Mulot el general se obstinó en contestar que no contaba con fuerzas. Desesperado Mulot envió primero un tambor, después un trompeta; pero no le hicieron caso.

En aquel mismo momento dícese que había división de pareceres entre los jefes. Los hombres de pluma querían una matanza general, los militares un juicio. Jourdan, que debería ser el encargado de la ejecución, fué, según se dice, de este parecer. Hallábase algo sorprendido de su soledad; no había podido reunir todavía más que ciento cincuenta hombres para custodiar la inmensa extensión del palacio de los papas. ¿No era de temer que el clamor de la matanza atrajese sobre el palacio al pueblo en masa, despertado de su estúpido? Entre los detenidos había un tal Rey, miembro de la terrible corporación de los mozos de cordel de Avignon, hombre popular, querido y estimado por su extraordinaria fuerza. Los demás, aunque aristócratas, ninguno de ellos era noble: la mujer de un impresor, la de un boticario; la de un carpintero, que era miembro de la municipalidad en Agosto, eran los más distinguidos; los otros eran gentes de oficios menudos, obreros en seda, panaderos, toneleros, modistas ó lavanderas, dos campesinos, un peón de albañil y hasta un mendigo. Entre las mujeres había dos preñadas.

Prevalecía la idea del juicio; se constituyeron en tribunal en una de las salas del palacio los administradores interinos de la ciudad para juzgar á los prisioneros. A ellos iba Jourdan remitiendo los que de nuevo eran detenidos, entre ellos, una mujer á quien salvó en la esquina de una calle de manos de los que la querían matar.

Eran estos administradores, además del escribano Raphel, un sacerdote de lengua populachera, gran perorador de plazuela llamado Barbe Savournin de la Rocca, al cual se le habían agregado tres ó cuatro pobres diablos, un prendero, un choricero que no se habían atrevido á rehusar. Duprat estaba allí amenazador y sombrío para vigilarles y ver como se portaban. La primera persona que les fué presentada, una mujer, la Auberte, esposa de un carpintero, fué interrogada con dulzura, y al enviarla á la cárcel recomendaron que fuera bien cuidada. Siguiendo así las cosas, Duprat y los otros, que solo en la matanza y el

Terror veían la salvación, no tenían ninguna esperanza. Uno de ellos, un momento después (eran las nueve de la noche) entra furioso con la frente ensangrentada y dando un golpe sobre la mesa. «Esta vez es menester que no se salve ni uno solo: debe correr la sangre; mi amigo Lescuyer ha sido asesinado; toda esa canalla morirá y si alguien se opone haremos fuego sobre él...» Los otros bajaron la cabeza; solamente Raphel y Jourdan repitieron cobardemente y en coro: «Si, es menester vengar la muerte de nuestro amigo Lescuyer.»

El hombre que así se interponía en medio del juicio y ordenaba la matanza, no era otro que Mainvielle.

Y no influyó poco sobre Duprat, Mainvielle y los que determinaron la matanza, el ejemplo de Nimes. La falsa y desdichada idea de que la matanza del 90 había sido el fundamento de la Revolución, era predicada por los nimesinos en una posada la misma noche del 16 de Octubre.

Espantosa generación desde los albigenses hasta la San Bartolomé y de allí á las dragonadas, á las carnicerías Cevénnes. Nimes se acordó de las dragonadas. Avignon imitó á Nimes, París imitó á Avignon.

Nada más imitador, nada menos original que el crimen.

Esto se vé bien claro en el lugar mismo en que va á ser ejecutado el nuevo crimen. Se vé allí la sangre del 16 de Octubre, el rastro de los furiosos de una noche. Pero se vé lentamente, acumulada á las cámaras sepulcrales de la inquisición, á la hábil mazmorra oculta (inteligentemente construída para ahogar las muertes secretas); se vé allí la grasienta mancha que dejó la carne quemada. Allí está el mobiliario de la Inquisición felizmente conservado, la caldera todavía dispuesta y el hogar en que se enrojecían los hierros para las torturas; los subterráneos, los calabozos, los sombríos corredores ocultos en el espesor de los muros, todo aquello en fin, que hasta entonces se había ocultado y negado, todo se vé allí; no se ha reparado ni en el gasto, ni en el esmero, ni en el arte. Allí la tortura es artística.

Se vé bien que aquello no es barbarie, furor pasajero: es una guerra sistemática contra el pensamiento humano, sobriamente organizada, triunfalmente establecida.

Todo ello es el palacio. Por fuera todo es informe, una monstruosa fortaleza. Una gigantesca torre, ni cuadrada ni redonda, *Trouillas*, ó la *Glaciere*, se prolonga para ver á lo lejos. Babel espantosa que construyó en su orgullo el primer papa, que no teniendo ni súbditos ni territorio se adjudicó la triple corona. *Trouillas* es la *Torre del lagar*; quizá en su origen fué el lagar feudal. Pero muy pronto fué una prensa para los hombres, una prisión para pensar carne humana. En lo más alto, como en lo más bajo, como en toda antigua fortaleza se colocaban los prisioneros. El amigo de Petrarca, Rienzi, tribuno de Roma, encerrado en la cima, pudo entre el silbido de la eterna brisa, meditar á su gusto sobre su loca confianza en el papa. El fondo, el abismo de la to-

re, sin otra abertura que una trapa en el piso de enmedio: ¿fué un vasto calabozo? ¿Era un osario? Así debe creerse; esta es la opinión del país. Una tradición de Avignon, que he recogido de boca de los más ancianos, dice que, cuando se exhumaron las víctimas de los furiosos revolucionarios, se encontró aún más abajo gran cantidad de osamentas arrojadas allí por la Inquisición. El hecho parece muy verosímil, pues sabido es que sus víctimas no podían ser enterradas. Arrojarlas á los campos hubiera sido devolverlas á las manos piadosas de sus familias, salvarlas de la parte de suplicio que quizás atemorizaba más á las imaginaciones débiles. No volver nunca á la tierra, no reposar jamás en el seno maternal de la nodriza común era, por decirlo así, la condenación del cuerpo añadida á la del alma. Esta alma, sin descanso en el féretro, erraba, larva infortunada para espanto de los vivos; se deslizaba por la noche y en la sombra é iba á advertir á sus parientes de la agravación de suplicio que la venganza de la iglesia imponía á aquellos á quienes condenaba.

El ejemplo más célebre es el del emperador Enrique IV, quien como excomulgado que manchaba los elementos, no pudo á su muerte descansar, ni sobre la tierra, ni en la tierra, y su cuerpo yació durante muchos años oculto, pero no enterrado, en una profunda cueva de Worms.

Todo gran centro de inquisición debía tener un osario semejante, destinado á aquellos á quien se condenaba á quedar insepultos. Lugar de muerte, lugar de suplicio, sin duda el más terrible para aquellas almas de hierro que nada podía domar, que se reían del tormento, era ser arrojados vivos á la gran cámara de los muertos; caminar allí sobre osamentas, ver á la débil luz que penetró hasta el fondo del abismo la terrible mueca de los esqueletos, su irónica risa. Desde arriba se arrojaba un poco de pan á la bestia; se le observaba vivo en aquella terrible compañía; se medían los grados de su debilidad, el languidecimiento progresivo de su firmeza, el momento en que el cuerpo sin desfallecer por completo, ya no obedece al alma. Hubiérase podido entonces libertarle, idiota, sacar de él alguna manifestación negativa de su propia personalidad, exponerle á la luz al lúgubre engendro de las sombras, parpadeante, innoble, apagado y decirle al pensamiento humano: «¡Mira tu héroe!...» De suerte que, en aquel duelo bárbaro de la fuerza contra una alma, el pueblo sencillo pudo creer que esta era la vencida y que la fuerza de los tiranos era la misma de Dios.

He aquí el lugar de la matanza. Veamos ahora quiénes van á ser sacrificados.

Los sesenta ú ochenta que iban á ser matados en tropel no eran del mismo partido. Los cuarenta detenidos últimamente pertenecían casi todos al pueblo bajo, papistas de las cofradías de Avignon. Eran unos infelices obcecados, que instigados por sus jefes no habían sabido lo que se hacían. Pocos, muy pocos habían tomado parte activa; la mayor parte